

## **La posmodernidad y las redes sociales en *9 días de guerra en Facebook***

**Leonardo Monroy Zuluaga**

### **El drama de Luis Mario Moncada en el imaginario social de su tiempo.**

El presente ensayo realiza una interpretación de algunos aspectos de *9 días de guerra en Facebook* de Luis Mario Moncada. Este abordaje se concentra en el texto dramático y las herramientas para encararlo son las de la crítica literaria, particularmente las enfocadas en la relación de la obra con el contexto social y literario. En este último sentido se enfatizará en la manera como se reelabora el universo de las redes sociales y la discusión sobre el mundo globalizado (en el que los medios de comunicación cumplen un papel destacado) implícito en el documento fuente.

De acuerdo con Jaime Chabaud, *9 días de guerra en Facebook* proviene de un hecho real. Moncada fue testigo y participante de una ardua discusión en el Facebook sobre los ataques israelitas a la población palestina y ese febril bombardeo de visiones a través del muro de uno de los cibernautas —a quien sólo le basta una foto espeluznante y un poema para poner a rodar los ánimos— es trasladado a la composición literaria. Los personajes entran y salen, en ocasiones arropados en el anonimato, y sus intereses fluctúan de acuerdo con el interlocutor en turno. El matiz de los discursos se multiplica en forma de fotografías, videos, publicidad y referencias a portales. El conflicto entre israelitas y palestinos es visto a la luz de ese mundo virtual en el que los individuos no sostienen una relación directa e impera la lógica de los saltos constantes de las ventanas que se abren y cierran aleatoriamente.

El ataque israelí a la población palestina no es realmente el eje de reflexión de esta pieza dramática porque en medio de la animosidad de los participantes en la discusión, es imposible dilucidar una perspectiva profunda sobre la confrontación entre las dos comunidades, por más que el debate arroje en ocasiones argumentos para hacerlo. No hay una pretensión de representar

a fondo el conflicto en Gaza sino que dicha temática es más una excusa para referirse a la globalización de las miradas sobre la guerra palestino-israelí desde la más importante red social en la actualidad.

La obra se inscribe entonces en la indagación sobre los medios masivos de comunicación, de relativa vieja data en el continente. La investigadora Beatriz Rizk afirma frente al impacto que estaban teniendo los enlatados televisivos desde la década de los setenta que “el rechazo a los medios de comunicación, a sus efectos adictivos sobre todo en las capas poco privilegiadas de la sociedad, ya ocurre con alguna frecuencia en la dramaturgia latinoamericana” (33) y cita como textos representativos *El animador* (1972, 1978) de Rodolfo Santana, *Jardín de otoño* (1984, 1985) de Diana Raznovich y *Pavlov: dos segundos antes del crimen* (1986, 1995) de Gustavo Ott. Esa interrogación frente a los medios de comunicación se percibe también en *9 días de guerra en Facebook* con un aditamento adicional: en ella no sólo se plantea una reflexión sobre la vida en internet sino que además se integra la estructura de los diálogos entre cibernautas a su propia construcción.

Dicho entramado diluye las distancias entre vida y arte en un movimiento en el que aparentemente se trasvasa, sin ninguna mediación, la realidad a la palabra escrita. No existe aquí mimesis, en términos de imitación del universo, sino una identificación casi total de la obra con su referente; no hay un intento de representación sino de presentación casi objetiva del mundo. Esta suerte de realismo extremo tiene en *9 días de guerra en Facebook* una intencionalidad definida: realizar una crítica al narcisismo, a la circulación de información por la red y al individuo que se perfila en ella.

El realismo sondea, en consecuencia, no tanto los envites palestino-israelíes, sino la globalización de las miradas a través de la web. Al respecto, la lectura de *9 días* genera algunas preguntas. ¿Es la globalización de la comunicación —esa posibilidad para interactuar casi ilimitadamente que brindan los *mass media* a todos sus participantes— el utópico lugar del diálogo? O por el contrario ¿representa el grado más elevado del caos, cuyos niveles de histeria son morigerados por el teclado y la pantalla? Tales preguntas —y sus respuestas— han sido abordadas no sólo en la literatura sino también en la filosofía y la crítica de la cultura y con ellas dialoga el autor indirectamente.

Se puede explorar, en primera instancia, la lectura realizada por Gianni Vattimo, quien asegura que en la sociedad posmoderna “desempeñan un papel importante los medios de comunicación”, que con base en su democratización, la sociedad se ha vuelto más compleja y aun “caótica” y por sobre todo, “que precisamente en ese caos residen nuestras esperanzas

de emancipación” (191). Vattimo observa en la sociedad de los medios de comunicación el desarrollo de una pluralidad dialógica nunca lograda por las imposiciones mentales de la modernidad. El avance de las tecnologías comunicacionales nos permite conocer al otro (un ser diferente en términos de nacionalidad, raza, sexo, cultura, profesión, etc.) en una articulación proteica de múltiples voces y discursos, filtrados a través de las pantallas del televisor, el computador y los teléfonos celulares.

A contrapelo de esta visión, otros estudiosos observan negativamente este impulso informático en tanto crea un individuo hedonista, entregado al consumismo de la imagen (Lipovetsky), produce un ser paralizado por la esquizofrenia, esto es, armado a partir de significantes desarticulados y no desde significados explicativos del mundo (Jameson), o lleva al ser a vivir en un mundo en el que el mensaje ya no existe y sólo se siente una fascinación y un éxtasis sensorial (Baudrillard, “El éxtasis”). En todas estas últimas posturas se cuestiona la lógica de las comunicaciones que en apariencia presentan un menú de ilimitadas opciones, y cuya escogencia libre llevaría al ser humano a la felicidad, o por lo menos a explotar al máximo el placer en el presente.

Es la radiografía de un universo arcádico, en efecto, pero sospechoso. Baudrillard lo plantea de esta forma: “Tal vez la expresión es libre, pero yo soy menos libre que antes; ya no consigo saber lo que quiero; el espacio está tan saturado y tan grande es la presión de todos los que quieren hacerse oír” (“El éxtasis” 195). De acuerdo con esta versión, la superposición ilimitada de imágenes lleva al ser humano a un estado caótico, en el que ya no sólo tiene incontables contradicciones, sino, lo que es peor, su conciencia alienada impide ver la condición fragmentaria en la que se encuentra y no alcanza a obtener un gesto mínimamente totalizador de los mensajes que lo habitan.

Dado que bajo este estado caótico la proyección histórica queda reducida a la vivencia de presentes inconexos, la posibilidad de una construcción individual y social hacia el futuro es anulada tras la búsqueda del placer en el aquí y el ahora. ¿Quién construye entonces los proyectos? Grandes monopolios de la información al servicio de políticas de los estados hegemónicos que ponen a prueba sus intereses en la construcción de un universo simbólico a la medida de su rentabilidad.

En el contexto de estas dos posturas generales, *9 días de guerra en Facebook* parece revelar con mucha antelación sus claves de lectura (una velada tecnofobia) en tanto “según explicaron el dramaturgo y el director, la obra es una especie de denuncia al exceso de socialización, una reflexión crítica en torno a los usos y alcances que tienen esos espacios virtuales en

la *web*” (Vargas). El carácter de denuncia puede transformar la pieza literaria en un documento un tanto tendencioso y por lo tanto descabado en su ambigüedad.

La pequeña oposición que se siente en su génesis frente a las redes sociales no impide, sin embargo, ahondar en algunas de sus características que traducen, en términos generales y a partir de la escritura literaria, facetas del mundo contemporáneo. En este ensayo se abordarán el narcisismo, la des-jerarquización de la información y la fugacidad. Todas apuntan hacia una nueva configuración del espectro político ideológico, en contravía en muchas ocasiones de los fundamentos de la modernidad nacida en Europa.

### **La guerra del Narciso**

En entrevista concedida a CNN México, el autor de *9 días de guerra en Facebook* asegura que “Facebook libera tres conductas humanas que solemos contener: los celos, la cacería y el narcisismo” (Peralta). Precisamente este último rasgo es uno de los que gravitan en el texto dramático de Luis Mario Moncada y se encuentra en sintonía con las lecturas que desde la sociología de la cultura realiza Gilles Lipovetsky. El pensador francés plantea en “Narciso o la estrategia del vacío” que a cada época le gusta identificarse con un modelo arquetípico y que el modelo de la sociedad posmoderna es precisamente el Narciso.

El mito original enarbola el amor a sí mismo, a su propia imagen, como la fuente de la felicidad pero también como la raíz de una desdicha por no poder obtener en plenitud el objeto del deseo. Narciso observa en las aguas su atractivo reflejo, al que teme desfigurarse si llega a tocarlo. El mito rebrota con algunos elementos adicionales en la sociedad posmoderna en la que “el narcisismo no sólo designa la pasión del conocimiento de uno mismo sino incluso la revelación íntima del yo...” (Lipovetsky 64). La relación de este arquetipo con el mundo del internet se establece en ese ámbito en el que mostrarse se convierte en el eje central de la existencia porque como tribunas públicas las redes sociales se han convertido precisamente en las plataformas adecuadas para exponer la intimidad y comunicar al mundo, en muchos casos, lo interesante, díscolo, inteligente, desdichado, etc., que es un ser humano.

Ese Narciso aparece con frecuencia y bajo diferentes matices en la obra de Luis Mario Moncada. Están en primera instancia los que pretenden figurar como ilustrados y en medio de la conversación sobre el conflicto de Gaza no pierden oportunidad para envanecerse de sus lecturas. En el principio del drama, por ejemplo, Tamara, una de las participantes en el foro de

Facebook, no deja pasar la oportunidad para asegurar que “hay un filósofo que dice que Auschwitz es un fracaso de la modernidad. Cuando recuerde quién es te lo comento” (98). No importa en este caso que la información sea fragmentaria e incompleta, no interesa una disertación a fondo sobre la modernidad o el contenido de la afirmación, e incluso —como muchos de los comentarios que se harán en el muro— no hay una preocupación por continuar con un hilo polémico. Cuando Tamara recuerde horas después que el autor de la frase es Manuel Reyes Mate a nadie le habrá de parecer realmente sustantivo, porque la afirmación se ahoga en medio de la superposición de otros diálogos, aunque Tamara habrá logrado el objetivo de lucirse con su frase filosófica.

No es la única persona que quiere llamar la atención con su conocimiento. José y Yanina —esta última especialmente— tratan de despejar las interrogantes sobre Gaza acudiendo a explicaciones psicoanalíticas como, por ejemplo, “... arte y psicoanálisis son modos de dignificar y elevar la pulsión de muerte a otra función que no sea la de aniquilar al prójimo...” (103). ¿Acaso alguien recupera ese enfoque? No, pero Yanina seguramente se siente reconfortada porque su saber psicoanalítico se ha hecho público. No importa la fugacidad de la experiencia; Yanina ha concitado la mirada.

La cultura de la celebridad (Deresiewicz), la cultura del Narciso que desea verse y ser visto como un ser inteligente, se repliega en otros actantes de *9 días de guerra en Facebook*: Matías sugiere leer a Noam Chomsky y Edward Said; Benjamín recuerda, sin citarlo directamente, un ensayo de José Saramago; Darío parafrasea —casi ridículamente— a Augusto Monterroso (“Y cuando despertó, el hilo de *discusión* sobre Gaza seguía ahí” (120); y en su barra de estado Sara “is thinking in Jean Piaget” (126). Ninguno de ellos encuentra interlocución directa en sus sugerencias, casi nadie se detiene en las referencias llenas de una inteligencia superficial o verdadera, pero a sabiendas de que esa es la regla de las redes y tal vez debido a ello, el gesto de aparecer como ilustrado satisface a quien lo practica tan sólo por ese llamado de atención fugaz hacia uno mismo y no por la posibilidad de entablar una discusión profunda.

En el fondo estos personajes aún confían en el aura otorgada en algunos espacios a la cultura letrada que desde la Ilustración se instauró en el mundo occidental hasta que las dos guerras mundiales pusieron en entredicho el pensamiento occidental. Estos participantes del muro, consciente o inconscientemente, confían en que el “ideal de perfectibilidad espiritual, ético

e intelectual del hombre” fundado en la “cultura letrada del espíritu” (Cruz 60) es una estrategia eficaz para dar a conocer su yo íntimo.

Paralelo a esta emergencia de seres que desean obtener brillo con sus lecturas, el drama también presenta el Narciso cuya figuración parte de la puesta en escena de sus emociones. Un caso particular en *9 días de guerra en Facebook* es el de Tamara, quien en medio de la álgida disputa política, aunque en su respectivo muro, le comenta a su amiga Yanina que lleva todas las vacaciones estudiando porque presentará un examen para orientar clases en un programa universitario de pregrado. La cuestión va ascendiendo en emotividad en la medida en que el proceso se hace traumático para Tamara, quien finalmente pierde la plaza. Tamara estalla en improperios contra los jurados e incluso, en una actitud inmadura, no permite un diálogo —por la red por supuesto— con su amiga Yanina.

Tamara ejemplifica en este caso la legión de desdichados que habitan las redes sociales y que como ella participan a sus “amigos” de la desesperanza, las derrotas e incluso los estados de depresión. Es particular esta clase de Narciso que quiere llamar la atención incluso desde el fracaso. Tal vez haya escondido en el ser humano una extraña necesidad de misericordia, de pena compartida, que lo lleva a desplegar las compuertas de su congoja para que otros lo reanimen. Las redes sociales se convierten así en muros de los lamentos que, como en el caso de Tamara, sirven como lenitivo frente a la desdicha; ante la caída, es reconfortante la conmiseración de los demás.

Aunque también hay quienes se vanaglorian de su éxito y de su astucia: con menos patetismo, por ejemplo, José comenta que ha roto y emprendido a la vez una nueva relación; Susana informa paso a paso su visita a la playa de Santiago; Matías se da el lujo de escuchar a Dave Matthews Band, a la vez que, en otra entrada y acaso con la intención de que se reconozca su brillantez en la manera de relacionar música y política, transcribe la letra de “Losing My Religion” de la banda de rock norteamericana R.E.M. Estos últimos quieren comunicar, con diferentes dosis de “importantismo”, la alegría de sus triunfos a los cientos de amigos de la red y otra vez parecen estar mirándose en su propio espejo para entusiasmarse con lo exitosos e inteligentes que son.

¿Es necesario soportar esa carga de emociones que surgen del gran diván de psicólogo en el que se transforman por momentos las redes sociales? Muchos cibernautas no parecen reparar en esta pregunta porque han aceptado el juego de la sociedad posmoderna en el que cada quien busca ser una celebridad así sea a costa de ventilar sus secretos mejor guardados y escuchar

superficialmente los de los demás. Gilles Lipovetsky expresa en este sentido que “al exigir constantemente mayor inmediatez y proximidad, abrumando al otro con el peso de las confidencias personales, ya no respetamos la distancia necesaria para el respeto de la vida privada de los demás: el intimismo es tiránico e ‘incivil’” (*La era 65*).

La pérdida de intimidad, filón del narcisismo, deriva en ablandamiento ideológico. Así, sea porque se descubran como letrados aún no reconocidos o porque expresen sus emociones de fracaso o éxito personal, los narcisos que se configuran en *9 días de guerra en Facebook* son los menos indicados para llevar a cabo una discusión política. Por supuesto que no son ellos los únicos personajes que intervienen en la conversación —hay otros más comprometidos e incluso violentos— pero sí configuran un número considerable de participantes. Su interés no parece ser el de aportar salidas reales al conflicto palestino israelí, sino aprovechar el espacio para vociferar su inteligencia, sus cuitas y felicidades. En el marco de esta languidez egocéntrica, la despolitización es evidente porque el personalismo extremo y el soterrado auto elogio nunca aceptará tener proyectos colectivos. La única guerra que le interesa al narciso parece ser la de su propia figuración y *9 días* es sólo una muestra.

### **9 días de yuxtaposición y fugacidad**

Como se anticipó en líneas anteriores, uno de los rasgos particulares en la construcción de *9 días de guerra en Facebook* es el intento por acuñar fielmente la estructura de las redes sociales en el texto dramático. El escenario que se plantea es concebido tipográficamente bajo la lógica de internet: se involucran diversas fuentes —fotos, poemas, videos, publicidad, referencia a páginas de internet—, e incluso en ocasiones el original impreso presenta, por vía de la partición de la página en dos grandes columnas, conversaciones simultáneas que dan la idea de diálogos en diferentes “muros”. La particularidad de esta estructura es la febril mezcla de ideas, imágenes, sentimientos, bajo la forma de una gran Babel, controlada a medias por un moderador extasiado con el rumbo de las discusiones. Desde este ángulo, en el mismo camino planteado por Jean Baudrillard y tal como sucede en la televisión y la radio, la red impone una verdad: “todo mensaje tiene ante todo la función de remitir a otro mensaje... pues su yuxtaposición sistemática es el modo discursivo del medio, su mensaje, su sentido” (*La sociedad 145*).

Esta lectura que retoma a Marshall McLuhan —el medio es el mensaje— descubre uno de los rasgos negativos de la sociedad contemporánea

atrapada en el mundo de las comunicaciones; por vía de la yuxtaposición se crea una pérdida de jerarquía en la presentación de la información que impide la concentración a fondo en un solo tema. Se puede pasar con indiferencia de la receta de cocina a la reflexión filosófica, en una lógica de múltiples saltos al vacío que acentúan el presente fugaz y la desconexión entre los mensajes.

La crítica implícita en la obra de Luis Mario Moncada se encamina en esa dirección. Si bien es cierto que en la primera parte de *9 días de guerra en Facebook* el foco de las emotivas disputas no se aparta del problema palestino-israelí, en la segunda y especialmente en la tercera, todo se revuelve cuando se constata que el matiz de los mensajes “en el hilo” se distancia de los que se encuentran en los muros personales. Mientras “en el hilo” los participantes se confrontan con variados argumentos —no todos sensatos ni encadenados, a decir verdad—, en los muros personales se desarrollan discusiones superficiales, se fortalecen o debilitan relaciones amorosas, o se abre el espacio para la burla y la ironía.

Así por ejemplo, al mismo tiempo que Rubén, Darío y Ariel se engarzan en una guerra de interpretaciones sobre quién es el más fuerte o el más débil en la contienda entre palestinos e israelíes, Daniel y Sara buscan material para su “galería de lo cursi” y Tamara y Yanina hablan de la espera por los resultados de los exámenes de la primera (117-18). Esta mezcla se repite más adelante cuando Equis responde a Efraín que va a llorar, en un acto burlesco frente a las ideas de este último, mientras Darío y Fátima intercambian mensajes de un velado erotismo (124). Los ejemplos se reiteran numerosamente y la actividad de lectura de estos textos se convierte en un arduo ejercicio de saltos constantes entre emociones y pensamientos.

En este sentido, el énfasis de la obra está en la expresión del resquebrajamiento de la discusión política —en este caso de las pugnas entre israelíes y palestinos— por vía de la yuxtaposición y pérdida de jerarquización de la información. Estas características son, de acuerdo con algunos estudiosos como Jameson y Baudrillard, uno de los signos de la posmodernidad. Una etapa en la que bajo ciertas miradas, la pluralidad se impone incluso por encima de un tejido lógico.

En este orden posmoderno, la denominada caída de los grandes discursos que le daban explicación al mundo —las metanarrativas al decir de Lyotard— ha derivado en una mixtura exótica en la que no existe un mensaje, una voz, una idea que se imponga. En términos positivos, esta nueva forma de vivir la experiencia humana ha permitido la emergencia de grupos marginados en las diferentes esferas de la cultura y la sociedad. En el otro extremo, la



mezcla desordenada de los relatos deriva en la formación de un ser que se interesa por todo y que a la vez nada le interesa realmente. Puede ir, como en *9 días de guerra en Facebook*, de lo serio a lo trivial, de lo reflexivo a lo emotivo, sin que esto le genere mayores remordimientos ni preocupaciones.

De esta última concepción surge un individuo fragmentario y caóticamente ecléctico, explorado con asiduidad por Luis Mario Moncada (la misma participación de 21 voces en el drama anticipa este eclecticismo). Un personaje como Darío se involucra fuertemente en la discusión política y casi simultáneamente flirtea con Fátima. Rubén se despacha con ofensas (enmascaradas) contra Matías y al mismo tiempo elogia a la familia del moderador. ¿Es posible en este cruce de perspectivas atrapar una discusión homogénea? ¿Es factible aprehender a un hombre o a una mujer en su unidad? La obra da una respuesta negativa y de paso genera una gran interrogante sobre las virtudes de la red y el tipo de sociedad que pergeña.

Las consecuencias políticas de esta forma de vida son evidentes. Dado que no hay una secuencia coherente, sólo presentes discontinuos. Tampoco hay proyectos a largo plazo y las discusiones se extinguen tan rápido como han aparecido. La fugacidad se impone y crea lo que Lipovetsky ha llamado “el imperio de lo efímero”. En él, y para gran parte de la población mundial, las sociedades actúan desde la estructura de la moda en la que, entre otras cosas “se ha generalizado el gusto y la pasión por lo Nuevo en todos los planos de la existencia y en todas las capas sociales: el resultado es un tipo de existencia profundamente cambiante” (*El imperio* 200).

Este impulso, que condena a la fugacidad hasta a las cosas más importantes, florece constantemente en el drama cuando, por ejemplo, el moderador afirma en el inicio de la parte tres que “en los últimos días se había multiplicado el debate, pero todos habían vuelto también a sus actividades cotidianas y a sus amigos habituales. Algunos se inscribieron en otros foros para enterarse de lo que se debatía día con día” (114) o, lo que es más impactante, hacia el final, el mismo impulsor del debate acaba con la discusión en el muro explicando que “elimino la mierda/y limpio mi muro/ como quien se limpia el culo” (145).

Aunque con un tinte humorístico, el gesto es el colofón de una memoria que al parecer no ha servido para nada y que realmente no le importa a nadie. Pese a que aún quedan dos visitantes engarzados en la disputa, todo lo que en ese muro se escribe es desecho cibernético, material que sólo vio la luz por unos días pero que tiene el sello de la intrascendencia. No se rescata una elucubración, ni siquiera un sentimiento; como un relleno de ciudad esa

basura será apelmazada con más basura y se destruirá al ritmo de las nuevas tecnologías. El imperio de lo efímero creado por los medios masivos no sólo conecta con rapidez, sino que limpia y borra con velocidad febril cualquier vestigio de un diálogo.

Efímeras y cambiantes son las intervenciones en *9 días de guerra en Facebook*. Fugaz es la reflexión que pretende en nueve días solucionar una problemática que, como la de los israelitas y palestinos, ha sobrevivido por décadas con diversas aristas e intentos de solución. Efímera es una discusión virtual aparentemente importante pero que puede ser borrada, sin ninguna pena, con un clic del mouse. Efímero es, en fin, el mundo de las reflexiones en las redes sociales expuesto en la pieza dramática de Luis Mario Moncada.

La obra articula varios elementos en su intención de generar una postura crítica frente al uso del internet; la imitación de la estructura de los diálogos en Facebook es la punta de lanza para recrear el mundo de los narcisos, la yuxtaposición y pérdida de las jerarquías de la información y la fugacidad de las ideas. *9 días de guerra en Facebook* se plantea así como un documento dramático que busca interrogar no sólo las características de composición teatral sino también esa vivencia virtual a la que se entregan a diario legiones de cibernautas en busca de su espacio.

*Universidad del Tolima-Colombia*

### Obras citadas

- Baudrillard, Jean. "El éxtasis de la comunicación". *La posmodernidad*. Comp. Hal Foster, Barcelona: Kairos, 1985. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Siglo XXI, 2009. Impreso.
- Chabaud, Jaime. "Guerra Facebook". *Milenio*. Web. Dom. 23 Jun. 2013. <<http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/8782499>>.
- Cruz Kronfly, Fernando. *La tierra que atardece*. Bogotá: Ariel, 1998. Impreso.
- Deresiewicz, William. "El fin de la soledad" *Revista El Malpensante*. 105. Web. Feb. 2010. <[http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display\\_contenido&id=1553](http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=1553)>.
- Jameson, Fredric. "Posmodernismo y sociedad de consumo". *La posmodernidad*. Comp. Hal Foster, Barcelona: Kairos. 1985. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Buenos Aires: Paidós, 1992. Impreso.

- Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama, 2003. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *El imperio de lo efímero*. Barcelona: Anagrama, 1990. Impreso.
- Liotard, Jean Francois. *La condición posmoderna: informe sobre el saber*. Madrid: Planeta; Barcelona: De Agostini, 1992. Impreso.
- McLuhan, Herbert Marshall. *El medio es el mensaje: un inventario de efectos*. Barcelona: Paidós, 1967. Impreso.
- Moncada, Luis Mario. "9 días de guerra en Facebook". *Latin American Theatre Review* 44.2 (2011): 93-146. Impreso.
- Peralta, Leonardo. "9 días de guerra en Facebook sube el telón al teatro inspirado por las redes sociales". *CNN México*. Web. 21 jun. 2010. <<http://blogs.cnnmexico.com/tecnologia/2010/06/21/9-dias-de-guerra-en-facebook-subel-telon-al-teatro-inspirado-por-las-redes-sociales/>>.
- Rizk, Beatriz. *Posmodernismo y teatro en América Latina: teoría y prácticas en el umbral del siglo XX*. Lima: Universidad Mayor de San Marcos; Minnesota: The State of Iberoamerican Studies Series, 2007. Impreso.
- Vargas, Ángel. "Llevan a escena una aguda reflexión sobre el uso de las redes sociales en internet". *La ornada*. Web. Dom. 9 mayo 2010. <<http://www.jornada.unam.mx/2010/05/09/index.php?section=cultura&article=a03n1cul>>.
- Vattimo, Gianni. "Posmodernidad ¿Una sociedad transparente?" *Colombia: el despertar de la modernidad*. Comp. Giraldo Izasa Fabio y Viviescas Fernando. Bogotá: Foro Nacional por Colombia, 1998. Impreso.